

CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD LABORAL EN EL CONTEXTO DEL TRABAJO CONTEMPORÁNEO: POSIBILIDADES DE RESISTENCIA

Claudia María García¹

Universidad Piloto de Colombia

Palabras claves:

Subjetividades laborales, sociedad disciplinaria, identidades flexibles, resistencia.

Recibido: 15/06/2010

Aprobado: 15/07/2010

Keywords:

Labour subjectivities, disciplinary society, flexible identities, resistance.



© FreeDigitalPhotos.net - venjith krishnan

RESUMEN

En este ensayo se desarrolla una aproximación a la pregunta por la construcción de subjetividad laboral en el paso del contexto disciplinario fordista, caracterizado por el predominio de instituciones sociales sólidas que sustentaban la construcción de identidades estables, al contexto contemporáneo caracterizado por la flexibilidad y la crisis de las instituciones modernas y la consiguiente pérdida de referentes estables en la construcción de identidad, fenómeno que desde la perspectiva de Hardt y Negri se transforma en la posibilidad de resistencia de la multitud.

ABSTRACT

In this essay is developed an approximation to the question of the construction of subjectivity from the disciplinary fordist context characterized by the prevalence of solid institutions which sustained the construction of stable identities, to the contemporary context characterized by the lost of stable models for the construction of identities, phenomenon that according to Hardt and Negri, might be transformed as a possibility of resistance of the multitude.



Universidad
Piloto de Colombia
UN ESPACIO PARA LA EVOLUCIÓN

1. Docente investigadora Universidad Piloto de Colombia. Correo electrónico: clamagar@yahoo.es

El proyecto moderno como fundamento de identidades sólidas

Autores como Foucault sugieren que las realidades sociales, individuales y colectivas, no corresponden a características esenciales de las personas o grupos, sino que éstas son producto de las redes de significados que se naturalizan y objetivan constituyéndose en verdades históricas. La verdad de las cosas, según este autor, es producto de contingencias históricas; formas de poder-saber configuran las posibilidades de pensar y actuar (Foucault, 1989).

La preocupación por la identidad social está ligada a la vida en sociedad y a la necesidad de establecer un orden que permita dar sentido en un mundo de incertidumbres. De esta forma, el sentido es posible cuando existen certezas, aunque sean transitorias, de lo que somos y de lo que el mundo es. Según Laclau y Mouffe (1985), las identidades son producto de significados que se imponen entre múltiples posibilidades y que dan sentido a la realidad; de esta forma, la construcción de identidades es un proceso político que implica luchas por la hegemonía del significado, en el que diferentes elementos discursivos se articulan en nodos y configuran identidades transitórias. En este proceso político, ciertos significados logran imponerse y paulatinamente naturalizarse.

A continuación se desarrollará la idea acerca de cómo en Occidente las identidades modernas se han construido en espacios disciplinarios como la fábrica, necesarios para asegurar la producción de capital y la reproducción del modo de producción capitalista.

Los procesos de construcción de identidad son producto de redes de significación que predominan en ciertos contextos y períodos históricos. Así, en Occidente (Europa, Estados Unidos), lo dominante hasta hace algunos años ha sido una episteme fundada en la racionalidad. La racionalización de la vida se plantea como el único orden social posible que lleva al progreso y al logro de un estado de civilización.

Desde esta manera de entender el mundo, se asume que el universo tiene un orden y por lo tanto es necesario conocer los principios ordenadores que permitan controlar y evitar el caos. Esta episteme racional es reforzada por la emergencia del capitalismo que impone un orden social regulado por el imperativo de la productividad.

El proyecto moderno se basa en el supuesto de la naturaleza racional del ser humano, quien al hacer uso de su facultad racional es capaz de autocontrolarse y reprimir sus instintos para alcanzar el bien social. El ser humano es desde este punto de vista un ser libre en la medida en que hace uso de su facultad racional para dominar sus deseos e impulsos y alcanzar de esta forma no sólo sus fines individuales sino también los idea-

les colectivos (Baurman, 1998). Estos supuestos se constituyen en ideologías legitimadoras del liberalismo (sustento filosófico del capitalismo), ya que la mano invisible del mercado parte de la idea de que el progreso y el bienestar colectivo se derivan del comportamiento racional de las personas en la búsqueda de sus intereses individuales. Al respecto, Weber, citado por Ritzer (2001), señala cómo la religión, específicamente el protestantismo, fue decisiva en la transformación de la búsqueda del beneficio individual a través del comportamiento racional, en un asunto moral, ya que este “individualismo racional” conduciría al bienestar de la sociedad. Este sistema moral, de acuerdo con Weber, es lo que da sustento al espíritu del capitalismo y lo que impulsa su ascenso en el mundo occidental.

La ética protestante y el puritanismo fueron ideologías dominantes en Norteamérica, que propiciaron el impulso de un orden restrictivo caracterizado por la exaltación de la disciplina, el ahorro, la austeridad, la gratificación postergada, la eficiencia, valores que promovieron la emergencia de una estructura social (roles, jerarquías, controles, división del trabajo) necesaria para la optimización de resultados y el aumento de la productividad (Bell, 1976).

El capitalismo requería un sujeto trabajador disciplinado y eficiente para la producción masiva de bienes y, en este sentido, la ética protestante fue el sustento moral que dio impulso al establecimiento de un orden social dominado por la racionalización (Bell, 1976). La episteme fundada en la racionalidad individual, reforzada por la ética protestante, legitimaba al capitalismo, el cual se constituía en el orden social natural y con él la naturalización de los seres humanos como sujetos productivos.

En este sentido, el trabajo enmarcado dentro de una relación salarial que apunta a la producción de bienes y servicios, es el tipo de trabajo que se privilegia por encima de otras posibilidades (trabajo doméstico no remunerado, trabajo artístico) (Bauman, 1999). Bauman señala que sólo el trabajo que puede venderse o comprarse por medio del salario es el único que tiene el valor moral consagrado por la ética del trabajo.

Para la reproducción del capital es necesaria la existencia de mano de obra disponible, previamente expropiada de las tierras y con la necesidad de vender su potencial laboral a cambio del salario. Esta “liberación” del trabajador de los medios de subsistencia lo obliga a ubicarse en las ciudades fabriles para el posterior disciplinamiento implicado en la relación salarial (Hardt & Negri, 2002). La producción de capital requiere un trabajador disciplinado para la optimización de los



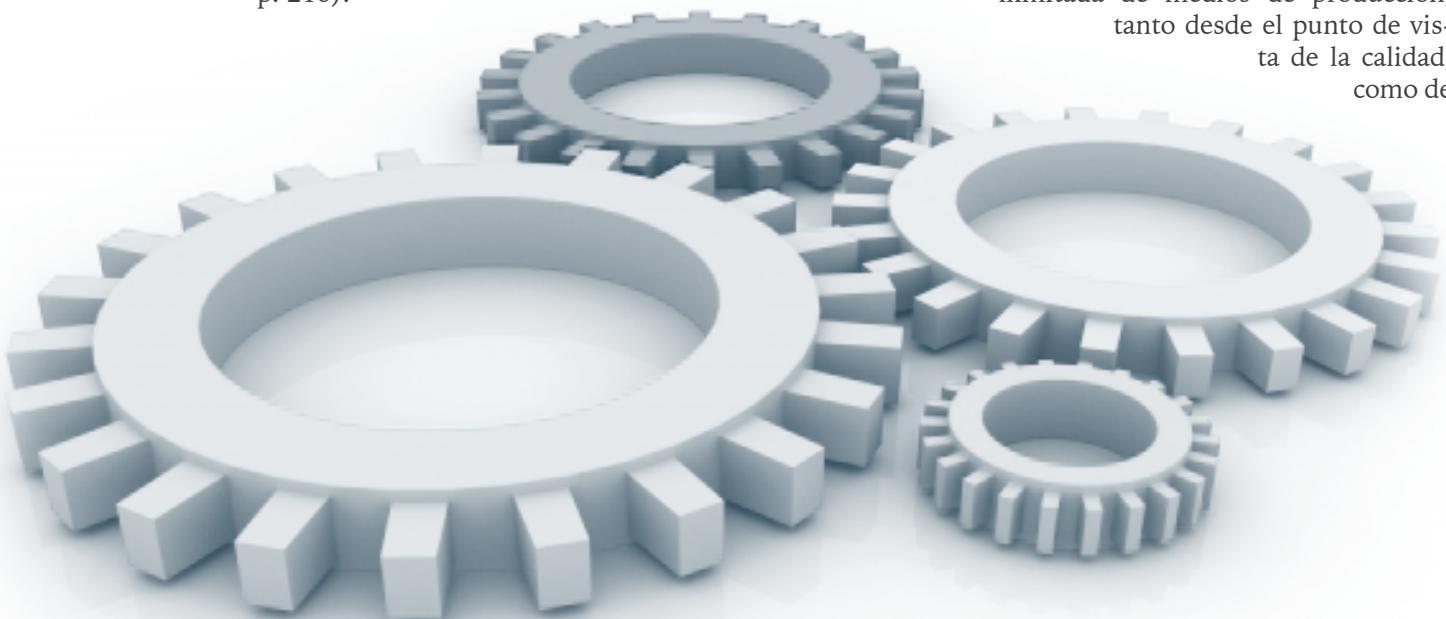
resultados y de esta forma la fábrica se convierte en un espacio de producción de estos sujetos, un espacio donde se despliegan diversos dispositivos de disciplinamiento (Foucault, 1981) como el taylorismo, cuyo propósito es el control sobre el trabajo y la mano de obra, a través de la división del trabajo (planeación y ejecución). En este modo de trabajo capitalista, el trabajador se desliga del producto de su trabajo en la medida en que su subjetividad no se involucra ni mucho menos se transforma en el momento de la producción, sólo su cuerpo y sus movimientos disciplinados son engranados a los ritmos impuestos por la producción.

La sociedad disciplinaria se acentúa después de la crisis de la década de 1930, crisis que se deriva de la sobreinversión capitalista, el subconsumo proletario y las guerras antiimperialistas. Según Hardt y Negri (2002), esta crisis lleva a los gobiernos a pensar posibles reformas que posibilitarán la redefinición del capitalismo frente a los nuevos desafíos que amenazaban su subsistencia. Así, el *New Deal* se erigió como la propuesta que permitió apartarse de las antiguas formas de regulación burguesas. Hardt y Negri señalan cómo el New Deal produjo la forma más elevada de gobierno disciplinario, ya que la sociedad, junto con sus articulaciones productivas y reproductivas, queda absorbida bajo el dominio del capital y del Estado, y en ese sentido la sociedad tiende a regirse de manera gradual por los criterios de producción capitalista: “Nacía el ‘Estado social’ o, en realidad, el Estado disciplinario global, que tenía más amplia y profundamente en cuenta los ciclos vitales de las poblaciones y ordenaba su producción y reproducción dentro de un esquema de negociación colectiva fijada por un régimen monetario estable” (Hardt & Negri, 2002, p. 218).

En el Estado disciplinario global, la fábrica se mantenía como uno de los espacios privilegiados de producción de subjetividades productivas. La disciplina en la fábrica implica no sólo el ajuste del trabajador a los ritmos impuestos por la máquina sino su adiestramiento moral a partir de modelos sociales que condujeran a un orden social necesario para la reproducción del capital. En este sentido, el Estado social –fordista– buscaba ordenar la producción y la reproducción a través de estrategias que aseguraran la configuración de un hombre disciplinado, concentrado en su trabajo y una mujer dedicada al hogar, que garantizara la reproducción biológica de la especie y la unidad familiar, así como la reproducción social de los miembros de la misma.

Aunque la emergencia del capitalismo fue localizada (Europa, Estados Unidos), Latinoamérica se constituye en foco del capitalismo imperialista por el carácter expansivo del capital. Hardt y Negri (2002) señalan cómo el capitalismo desde sus inicios requirió mirar más allá de sus fronteras, con lo que se configuró como un poder expansivo que tendía a ser mundial. Según estos autores, el capital se expande no sólo para encontrar nuevos mercados sino para cumplir con los requerimientos del ciclo de acumulación (proceso de capitalización).

En este proceso, el valor excedente que se realiza en un primer ciclo debe reinvertirse en un segundo ciclo de producción (retorno al capital); para tal fin, el capitalista requiere asegurar la adquisición de suministros adicionales de capital constante (materia prima y maquinaria) y capital variable (fuerza laboral), lo que a su vez generará un nuevo valor excedente que necesitará una extensión aún mayor del mercado: “El capital necesita cada vez más disponer plenamente de la totalidad del globo, adquirir una selección ilimitada de medios de producción, tanto desde el punto de vista de la calidad, como de



la cantidad, a fin de encontrarle un empleo productivo al valor excedente que ha realizado” (Luxemburgo, citada por Hardt & Negri, p. 202).

Por tal razón, el capital no sólo requiere un intercambio con sociedades no capitalistas sino también debe transformarlas en sociedades capitalistas: “De esta manera, el ámbito no capitalista (territorio, formas sociales, culturas, procesos productivos, fuerza laboral, etc) queda formalmente absorbido por el capital” (Hardt & Negri, 2002, p. 203). El tercer mundo se convierte, en este sentido, en objetivo del capitalismo en proceso de expansión.

En el proceso de expansión capitalista, Latinoamérica se incorpora a esta lógica a partir de las élites de estos países, que en un proceso de lucha liberadora antiimperialista y anticolonialista definen el proyecto de “liberación” en términos de modernización y desarrollo (Hardt & Negri, 2002). Sin embargo, este proceso de incorporación se produce de manera irregular, ya que a pesar de la intención homogeneizadora de un Estado subordinado a la lógica de un discurso desarrollista, en los países latinoamericanos no se consolida la figura de un Estado fuerte.

El resultado de esto es el entrecruzamiento de discursos hegemónicos capitalistas con las tradiciones locales, lo que permite el surgimiento de heterogeneridades que dan cuenta de un proceso en el que las costumbres y ritos locales no quedan eliminados sino que se transforman y generan “hibridaciones entre lo autóctono y extranjero, lo popular y lo culto, lo tradicional y lo moderno” (Martín Barbero, 1999). En este sentido, en Latinoamérica, como periferia del discurso moderno y desarrollista, predomina una condición de inestabilidad de las relaciones sociales que a su vez ha conducido al predominio de identidades móviles y fluidas.

Sin embargo, en ciertos sectores, sobre todo en el empresarial, el orden capitalista ha logrado imponer prácticas disciplinarias en aras de la producción de un sujeto productivo. Al respecto, Mayor (1985) contribuye a la comprensión de cómo se fueron instaurando en el contexto colombiano, particularmente en Antioquia, los nuevos valores del trabajo a partir de la “ciencia del trabajo”:

Bajo el sistema de Taylor, en el que todos debían sentirse colaboradores, el tono democrático era indispensable. De este modo, las cualidades morales, estimuladas por la Escuela de Minas: autodominio, vida privada irreprochable, severidad, exactitud, conocimiento de sus subalternos, etc, se constituían en el terreno más favorable para invalidar el modelo de la confrontación de clases, supuesto número uno del taylorismo. (Mayor, 1986, p. 107).

El taylorismo, de acuerdo con Mayor, se convierte en una práctica común en las fábricas antioqueñas para la homogeneización de la mano de obra y al mismo tiempo en una ideología legitimadora de valores racionales necesarios para la definición de un trabajo productivo y eficiente.

De otro lado, se observa cómo se instaura un discurso moralizador en las empresas colombianas, a partir de una actitud ambivalente por parte de los industriales hacia la clase trabajadora, desde la que se justificaba la necesidad imperiosa de educarlos (Arango & Urrea, 2000):

En general, los industriales se perciben como educadores de la clase trabajadora dentro de una ambivalencia paternalista que busca ‘proteger’ y orientar al trabajador, pero que supone una superioridad del patrono y un relativo desprecio hacia el trabajador. La educación de la clase trabajadora incluye la lección moral del patrón de la que habla Mayor, según la cual el obrero aprendería ‘la ética del trabajo’ siguiendo el ejemplo de su patrón. Para los hombres, la fábrica se presenta como escuela técnica y moral; para las mujeres puede ser un convento de trabajo, un medio de redención que exige sacrificio y castidad como lo muestra el caso de Fabricato. (Arango, 1991, p. 51).

Las actitudes paternalistas de los empresarios hacia los trabajadores buscaban ubicar a la fábrica como eje central de la vida de los obreros, al generarles identificación con ella. Adicionalmente, las políticas de los empresarios de construir viviendas para sus trabajadores alrededor de las fábricas (empresas providencia), pretendían estabilizar a la población obrera en torno a la fábrica (Mayor, 1985). De acuerdo con Arango (1991), este disciplinamiento se ejerce de manera diferenciada sobre las mujeres sometidas a peores condiciones salariales y a controles disciplinarios especiales, evidente en el caso de Fabricato, donde las obreras son reclutadas en un internado y obligadas a mantener una “soltería forzosa”.

En esta misión moralizadora del trabajador participa activamente la Iglesia colombiana, que desarrolla estrategias en sintonía con el taylorismo para disciplinar y estabilizar a las poblaciones obreras. Al respecto Mayor señala cómo fueron aplicadas las doctrinas del Papa León XIII en las grandes empresas manufactureras antioqueñas como Fabricato, Coltejer, Colombiana de tabacos, con el fin de promover la armonía en la empresa y eliminar el conflicto capital-trabajo. Estas doctrinas pontificias defendían: “El salario justo y legítimo; daban a la propiedad privada una función social; sustituían el tratamiento en masa del trabajador por su trato individual e integral; plan-



teaban la solución del problema social no sobre la lucha de clases sino sobre la colaboración amistosa entre obreros y patronos; finalmente transformaban las fábricas en verdaderos templos del trabajo" (Mayor, 1985, p. 319).

La iglesia católica, de acuerdo con Arango y Urrea (2000), también interviene en disciplinar la vida privada de los trabajadores y en educar para el buen uso del salario. Este papel modelador y disciplinador fue complementado por las ciencias sociales como la psicología, que fueron encontrando un espacio dentro de la fábrica en la tarea de racionalizar el trabajo y las organizaciones a través de estandarizaciones, evaluaciones e intervenciones que apuntaran a la configuración de un trabajador disciplinado y comprometido con la organización, lo que a su vez repercutía en una mayor eficiencia del empleado en su puesto de trabajo.

En este sentido, la psicología organizacional, como otras disciplinas, ha contribuido al mantenimiento y reproducción de discursos y prácticas que claramente benefician a unos intereses, a pesar de su pretensión de neutralidad. Al respecto Arango y Urrea (2000) señalan cómo la psicología, dentro del marco de la gerencia de recursos humanos, ha desarrollado discursos referidos al desarrollo integral de los trabajadores, los cuales apuntan: "No sólo a una integración (compromiso) con la empresa sino también a proponer un cambio del individuo en sus comportamientos (manifiesto en programas de capacitación, cursos de inducción, propaganda corporativa intra y extraempresa, etc.); se podría sugerir en calidad de hipótesis que se trata de un programa de reforma moral del individuo (en forma intencional)" (p. 69).

Las reformas empresariales tendientes a modernizar los procesos y hacerlos más eficientes van de la mano con la difusión de la ingeniería industrial en las empresas y la incorporación de tecnologías más modernas. No obstante, esto tiene un impacto negativo sobre las mujeres, sobre todo en la industria textil (Arango, 1991). De acuerdo con esta autora, las mujeres son desplazadas de los oficios que tradicionalmente habían desempeñado en producción hacia oficios periféricos:

La modernización técnica y administrativa taylorista está asociada con una transformación de la visión de género que tienen la gerencia y los ingenieros sobre los trabajadores: las mujeres ya no se perciben como obreras adecuadas y son expulsadas de mane-

ra más o menos abrupta según los sectores y las empresas. Líderes de la difusión de la ingeniería industrial en la gran industria como Jorge Posada, presidente de Fabricato, no vacilan en justificar el desplazamiento de las mujeres en Fabricato por al ingeniería industrial, aduciendo que 'al colocar a un hombre, resolvían el problema de una mujer. (Arango y Urrea, 2000, p. 58).

Así, de acuerdo con Arango y Urrea (2000), la consolidación de la empresa providencia en la industria manufacturera en Colombia va de la mano con una visión del obrero análoga a la visión fordista:

Trabajador de sexo masculino, con un elevado rendimiento en condiciones de producción intensivas y que reproduce su fuerza de trabajo dentro de una familia racionalizada, con una esposa dedicada al hogar. Esta familia fordista debe conseguir en el mercado los bienes y servicios necesarios para su subsistencia, muchos de los cuales le son directamente "vendidos" por la empresa que contrata al obrero padre de familia. Las grandes empresas colombianas se ocupan entonces de todo lo relativo a la reproducción de los trabajadores y de sus familias: vivienda, educación de ellos y de sus hijos, recreación, salud, capacitación doméstica. (Arango y Urrea, 2000, p. 58)

De esta manera, el discurso moralizador y racional del proyecto moderno encuentra en el contexto laboral, específicamente en el organizacional, el espacio propicio para que los sujetos de manera paulatina se asuman de modo natural como sujetos productivos. El trabajo productivo no sólo es una actividad central en el contexto capitalista, sino una categoría definitoria de identidades: los roles se determinan



de acuerdo con el tipo de trabajo, el estatus que se adquiere al tener una posición específica en la empresa, la estructuración del tiempo, las normas, los valores, las creencias que se adquieren en el contexto laboral, por ejemplo valores relacionados con la responsabilidad, la disciplina, el compromiso, la competencia, la productividad, la eficiencia, etc. La producción de capital requiere un trabajador disciplinado para la optimización de los resultados y de esta forma la fábrica se

convierte en uno de los espacios de producción de estos sujetos.

Sin embargo, la crisis ocurrida en el contexto mundial en las décadas de 1960 y 1970, originada según Hardt y Negri por las resistencias que empiezan a gestar los trabajadores en contra del régimen disciplinario, obligan al capital a redefinir las relaciones sociales y productivas y con esto se empiezan a desdibujar las rígidas identidades disciplinarias.

Crisis del régimen disciplinario: identidades flexibles

El fordismo, característico del régimen disciplinario, implicaba el mantenimiento de condiciones de estabilidad y seguridad del trabajador –régimen salarial y prestaciones sociales, políticas de “empleo de por vida”–, de manera que se garantizara el consumo masivo y por ende la reproducción del capital; sin embargo, el capital en su afán de incorporar todas las esferas de la vida en su propia lógica empieza a sembrar las semillas para su propia descomposición.

De acuerdo con Bell (1976), la necesidad que tiene el capital de promover un sujeto disciplinado se contradice con el imperativo de promover un sujeto hedonista ajustado la exigencia capitalista del consumo desenfrenado; los deseos y necesidades de las personas fomentados por una cultura de consumo empezaron a gestar un movimiento de rechazo hacia la sociedad-fábrica y de exaltación hacia la producción de nuevos estilos de vida. Según Hardt y Negri, este repudio masivo del régimen disciplinario no fue exclusivamente una expresión negativa sino un momento de creación que implicó la destrucción de un régimen de producción de subjetividad (disciplinada) y la invención de nuevas subjetividades inspiradas por el deseo de movilidad y flexibilidad.

Evidentemente, el régimen disciplinario ya no lograba contener las necesidades y los deseos de la gente joven. La perspectiva de obtener un empleo que garantizara un trabajo regular y estable de ocho horas diarias y cincuenta semanas anuales, durante toda una vida laboral, la perspectiva de entrar en el régimen normalizado de la fábrica social, que había sido el sueño de muchos de sus mayores, se presentaba ahora como una especie de muerte. (Hardt y Negri, 2002, p. 242).

Frente a estos deseos irrefrenables de la multitud, el capital debía recomponer y modificar el paradigma de la producción. Las nuevas subjetividades hicieron que el capital reaccionara con nue-

vas configuraciones “que se adaptaran a la nueva composición inmaterial, cooperativa, comunicativa y afectiva de la fuerza laboral y pudieran gobernarla” (Hardt & Negri, p. 244). En respuesta a esta resistencia había que desarrollar una nueva forma de control que pudiera determinar un dominio sobre lo que no se podía ya controlar mediante la disciplina. El imperio emerge entonces como respuesta a la necesidad de mantener un control fuera de los límites de la fábrica y demás espacios de confinamiento propios de la sociedad disciplinaria y en este sentido el poder del imperio no tiene un lugar específico sino que éste está en todas partes, en términos de Deleuze, este control diseminado corresponde a las sociedades de control:

El cambio consiste en que, junto con el derrumbe de las instituciones, los dispositivos disciplinarios han llegado a ser menos limitados y acotados, especialmente en el campo social. La disciplina carcelaria, la disciplina de la escuela, la disciplina de la fábrica, etc, se entrelazan en una producción híbrida de subjetividad. En efecto, en el pasaje a la sociedad de control, los elementos de trascendencia de la sociedad disciplinaria disminuyen en tanto que los aspectos inmanentes se acentúan y generalizan. (Hardt & Negri 2002, p. 291).

En este sentido, la producción inmanente de subjetividad propia de la sociedad de control es más afín con la lógica inmanente del capitalismo, que como se señalaba anteriormente se sustenta en el supuesto liberal de la mano invisible, en la que el papel autorregulador del mercado suplanta la regulación externa del Estado. En este nuevo orden, el mercado mundial requiere un espacio llano y uniforme, un espacio de producción descentralizado y sin límites donde capital y mano de obra se fragmentan y multiplican, llevando a la desdibujación de lo que antes se delimitaba como centro y periferia.

Dentro de esta nueva lógica del capital, la política imperial del trabajo se concibe para rebajar los costos laborales y de esta forma las prácticas de desregulación laboral empiezan a romper los rígidos vínculos del trabajador y la fábrica, estrechando las posibilidades del empleo estable y al mismo tiempo abriendo el trabajo a una multiplicidad de formas. El postfordismo, caracterizado entre otras cosas por la flexibilidad del trabajo, ha conducido a una nueva condición mundial de inestabilidad y movilidad. En este contexto, la flexibilización se ha convertido en el nuevo imperativo que guía las políticas y prácticas en torno al trabajo; una de las dimensiones de la flexibilización se evidencia en las nuevas políticas de contratación, amparadas por las reformas laborales establecidas en Colombia desde la década de 1990. Estas nuevas formas de contratación, en la medida en que derrumban el mito del pleno empleo, apuntan a una mayor inestabilidad laboral (períodos de empleo, seguidos por períodos de desempleo)

y a formas de trabajo más precarias como el subempleo.



Las políticas de flexibilización en el contexto laboral y sus efectos en el incremento progresivo del desempleo, el subempleo y el trabajo informal han deslocalizado las formas de producción y empujado el mercado laboral a la economía de la informalidad, con lo que se abre el trabajo a una multiplicidad de formas que no pueden reconocerse desde pares diferenciadores formal-informal o moderno-tradicional (Beck, 2000). Sin embargo, como se mencionó anteriormente, en Latinoamérica las formas de trabajo enmarcadas dentro del régimen del empleo no han sido predominantes; al contrario, como lo dice Beck (2000), “el trabajo asalariado estable y formalizado (como obrero o empleado) es en Sudamérica experiencia de solo una minoría...En estas partes del mundo no se puede hablar propiamente de trabajo ‘normal’, es decir, un trabajo que pueda servir de pauta a los sectores laborales formales e informales” (p. 111).

En este sentido, el discurso moderno con respecto al trabajo enmarcado en el modo de producción capitalista en el contexto local ha creado las condiciones para su propia disseminación en la medida en que ha conducido a órdenes sociales alternativos. De acuerdo con Castells, citado por Beck (2000), el rasgo esencial de la economía informal es que no está regulada por las instituciones de la sociedad y tiene lugar en un contexto social en el que están reguladas otras actividades semejantes. De otro lado, para Cartaya (1987), el término sector informal “califica al conjunto de ocupaciones urbanas que permiten la supervivencia de numerosos contingentes de trabajadores, que no logran insertarse en las empresas catalogadas como ‘modernas’”(p. 77).

La informalidad no es la negación de lo formal, sino la manera específica en que vastos sectores de la población en el contexto latinoamericano han desarrollado sus propios modos de supervivencia. Béjar (1987) indica que la informalidad en Latinoamérica no es un fenómeno nuevo sino más bien “consustancial a la forma que adoptó nuestra evolución económica a partir del momento, en que la conquista, el colonaje y la dependencia nos impusieron un modelo de crecimiento que no estuvo centrado en nuestra historia...” (p. 90).

Para la mayor parte de la población laboral en Latinoamérica, la construcción de identidad se ha dado por fuera de instituciones modernas como la fábrica, y en ese sentido las identidades híbridas y heterogéneas más que fenómenos marginales son una constante.

Pero como lo señalan Hardt y Negri (2002), en el nuevo orden imperial las instituciones modernas entran en crisis, con lo que llevan a que la movilidad, la flexibilidad y la hibridación no sean características exclusivas de Latinoamérica sino fenómenos mundiales. Un nuevo paradigma derivado de una fuerza resistente a la disciplina moderna se imponía en el contexto mundial: la posmodernización.

Este nuevo paradigma conlleva el derrumbe de los aparatos burocráticos, las ideologías universales y las instituciones que albergaban los elementos necesarios para imponer un orden y posibilitar la cohesión social. Las identidades que anteriormente se construían en determinados espacios disciplinarios como la fábrica, ahora se empiezan a fragmentar en la medida en que las instituciones que dotaban de sentido entran en crisis.

Según Wittgenstein, citado por Hardt y Negri (2002), el mundo contemporáneo se define desde una condición de vida caracterizada por un desierto de sentido y la necesidad de búsqueda de significación; el sentido ya no se encuentra en la trascendencia (elemento regulador externo al ser humano como el Estado, Dios, etc.) sino en la inmanencia, es decir, en la posibilidad del sujeto de crear nuevos sentidos y de recrearse en este proceso. El imperio se define desde el vacío de significación y la crisis permanente, o como lo dicen Hardt y Negri, “el imperio es el desierto y en este punto la crisis ya no puede distinguirse de la tendencia de la historia” (p. 330).

Lipovetsky (2000) indica cómo este estado de crisis y vacío abre las posibilidades al sujeto para reproducirse de manera continua, ya que una vez liberados de las convenciones rígidas, los individuos están abocados a hacerse cargo de sí mismo y a tomar decisiones que implican la posibilidad de cambios de modos de vida. Según este autor, la sociedad desencantada con el modernismo tiende al desarrollo de estructuras fluidas moduladas en función del individuo y sus deseos, estructuras en las que los roles se confunden para configurar identidades móviles y fluidas: “de este modo, el posmodernismo obedece al mismo destino que nuestras sociedades abiertas, posrevolucionarias,

cuyo objetivo es aumentar sin cesar las posibilidades individuales de elección y de combinaciones” (Lipovetsky, 2000, p. 123).

Este punto de vista optimista es compartido por Hardt y Negri (2002), quienes destacan cómo en el posfordismo los sujetos se liberan de los vínculos rígidos que tenían con las fábricas y empiezan a circular a partir de una nueva condición de nómadas que les permite movilizarse con libertad y despojarse de modo constante de las identidades rígidas. Según estos autores, el nomadismo implica permanente movimiento, circulación de afectos y nuevas posibilidades de ser (hibridación).

No obstante, a pesar de esta visión optimista, los ecos de la modernidad persisten y aún para muchos la identidad se funda a partir una condición de seguridad y estabilidad. Como lo señala Giddens (1995), durante la modernidad la confianza y la seguridad interna se basaban en instituciones externas que al derrumbarse provocan la disminución de la confianza básica. El trabajo estable, es decir, la posibilidad de ‘empleo de por vida’, se constituía en una condición indispensable para la seguridad ontológica; la identidad estaba determinada por las certezas que brindaban las instituciones disciplinarias, y ante la ausencia de estabilidad y aumento de incertidumbre, las identidades se fracturan y diseminan generando sentimientos de angustia.

Sin embargo, en Latinoamérica, precisamente por ser un contexto donde la inestabilidad e incertidumbre se han establecido como condiciones “naturales”, el adiestramiento para la precariedad y la contingencia se impone como necesidad. Las identidades latinoamericanas han sido móviles y fluidas, y este fenómeno se han convertido en una posibilidad de resistencia frente a los modelos impuestos por el orden disciplinario moderno-desarrollista; resistencia no sólo porque se desmarcan de los órdenes impuestos sino porque la necesidad de afrontar las contingencias e imprevistos obliga a la reinvenCIÓN de nuevas posibilidades a partir de la utilización de la creatividad y el pensamiento. Y aquí se retoman de nuevo a Hardt y Negri (2002) y su concepto de multitud.



Conclusiones: la multitud como posibilidad de resistencia

La multitud, como lo señalan Hardt y Negri, es el potencial de resistencia frente al orden imperial; este potencial se configura cuando la subjetividad de los trabajadores se involucra en el proceso productivo y se recrea en este proceso. El proceso productivo no sólo se da en la fábrica sino en todo contexto donde los sujetos inventan nuevas posibilidades de ser y precisamente la contingencia e incertidumbre de la informalidad obligan a la utilización de las capacidades creativas comunes a la especie.

La multitud se despliega en este lugar común (intelecto general, creatividad) para generar nuevas posibilidades en un mundo de imprevistos; una multitud movida por el deseo que vincula a las singularidades en una comunidad de afectos, que a su vez transforma a las singularidades en un proceso de intercambio creativo; en este proceso de intercambio creativo, de flujo de afectos, lo común deviene en individuación, singularidad; es decir, en el proceso de intercambio con otros, necesario en un mundo de imprevistos, los sujetos se singularizan y se transforman en individuos (Virno, 2000).

El potencial revolucionario de la multitud está determinado por la reappropriación que ella hace de los medios de producción (intelecto general) y la autonomía que adquiere con respecto al capital para regenerarse y recrearse de manera continua. La multitud se configura en las fronteras y límites de las redes impuestas desde el imperio y es desde

esta posición marginal y contingente donde es posible esquivar las denominaciones e imposiciones imperiales para construir nuevas opciones. Los trabajadores informales pertenecen a la categoría que Virno (2000) llama los “sin casa”, al hacer referencia a aquellos que comparten la condición común de la contingencia, la aleatoriedad y la variabilidad, condición que obliga a usar el intelecto para amortiguar los golpes aleatorios e inventar nuevas posibilidades de vida: “La multitud de los “sin casa” confía en el intelecto, en los “lugares comunes”: es a su modo una multitud de pensadores (aunque sólo tengan educación elemental y no lean un libro ni bajo tortura)” (p. 10).

De acuerdo con este autor, la situación de aleatoriedad, común a todos, representa la posibilidad de reforzar los hábitos de no tener hábitos, requisito fundamental para configurar la condición de nómada, no sólo en el sentido de movilidad, sino de desapego a las formas de vida establecidas y la posibilidad de inventar nuevas formas.

La condición de crisis inherente al imperio se convierte en el potencial de la multitud en la medida en que el vacío de significación, la falta de un lugar y tiempo fijos, configuran la posibilidad de construir multiplicidad de mundos que apuntan en todas las direcciones. La producción de subjetividad no tiene límites y se abre ante la posibilidad indeterminada. El intelecto general, común a todos, no sólo está presente sino que se constituye en potencial indefinido.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, España: Gedisa.
- Baurmann, M. (1998). *El mercado de la virtud*, Barcelona, España: Gedisa.
- Beck, U. (2000). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Béjar, H. (1987). Reflexiones sobre el sector informal en *Revista Nueva Sociedad*. No. 90.
- Bell, D. (1976). *Contradicciones culturales del capitalismo*. México: Alianza.
- Cartaya, V. (1987). El confuso mundo del sector informal en *Revista Nueva Sociedad*. No. 90.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo veintiuno.
- Foucault (1989). *Historia de la sexualidad*. México: Siglo veintiuno Editores.

- Giddens, A. (1995). *Modernidad e Identidad del yo*. España: Paidós.
- Hardt, M. & Negri, A. (2002) *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E. & Mouffe, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío*. Ciudad: Anagrama.
- Mayor, A. (1985). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Medellín, Colombia: Ediciones Tercer mundo.
- Martin Barbero, J. (1999). Modernidad y destiempos latinoamericanos. En; *Revista Nómadas*. Bogotá: Universidad Central.
- Ritzer, G. (2001). *Teoría sociológica clásica*. España: McGraw Hill.
- Urrea, F. & Arango, L. (2000). *Innovación y cultura de las organizaciones en tres regiones de Colombia*. Bogotá, Colombia: Colciencias.
- Virno, P. (2002). *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Paidós.